

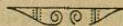
¡Grande como lo eterno!
¡Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu misión sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores...
¿Sin amores? Oh, no! Dos deshojaron
Sobre tu mística frente algunas flores;
Puros y grandes como tú brotaron...
Mas ¡ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protegerla se extendía:
Y cuando, de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
¡Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu victoria!

Cuatro siglos pasaron
Desde el día glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se estremece
Delante de tus obras inmortales,
A medida que el tiempo ráudo vuela,
Tu titánica forma, crece, crece...!

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apocalípticas creaciones;
Los que tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiración y de respeto al genio.

Benigno acoje nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo iumortal de tu grandeza.
¡Sosténnos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de odio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos
Sumergirse nuestra alma en la amargura,
Y desmayar nuestro tenaz empeño...
¡A nosotros también es grato el sueño
Mientras el mal y la vergüenza dura!



CARPIO (MANUEL)



CENA DE BALTASAR

Era la noche, y la redonda luna
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los saúces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines
Y los templos magníficos de Belo.
El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los ginetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crujir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,

Y la grito de jóvenes bizarros,
 Y del sonante látigo el chasquido,
 Y el rodar de las ruedas de los carros.
 Ya los caballos con su blanca espuma
 Humedecen sus pechos espaciosos;
 Al ruido de las armas se recrean,
 Y el duro suelo escarban y golpean,
 Y están inquietos por salvar los fosos.
 Sus cascos hollarán en Babilonia
 Las estatuas de dioses incensados,
 Hollarán á los nobles y soldados,
 Y yelmos y viseras y corazas,
 Y en gran tropel levantarán el polvo
 De las soberbias y desiertas plazas.
 Del palacio en los patios á cuchillo
 Con su rey morirán tantos vasallos,
 Que en esta noche la caliente sangre
 A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
 A dar por fin el formidable asalto,
 La ciudad, cual remera deshonesto,
 Entrégase al placer sin sobresalto,
 Y á regocijos que el honor detesta.
 Se embriaga el padre y á la par la esposa,
 El libertino y el anciano triste,
 El agorero y la doncella hermosa.
 Entre bailes y cantos de alegría.
 Resuena la algazara de las gentes,
 Que por las calles van como dementes
 Entre la confusión y gritería.
 También de Baltasar el gran palacio
 Se agita alegre con festín ruidoso;
 El rey y sus mujeres y magnates
 Todos ocupan un salón fastoso

Que tiene vista al cristalino Eufrates.

El soberbio salón es un portento;
 Las paredes de estuco, están doradas,
 Y forman el grandioso pavimento
 Variadas losas de lucientes jaspes
 Cubiertos con asiáticas alfombras
 De los remotos climas del Hydaspes.
 Cien columnas blanquísimas de mármol
 Sostienen la magnífica techumbre;
 Lámparas de oro de labores bellas
 Todo lo animan con su viva lumbré:
 Ocupan las estatuas de los dioses
 Hermosos y brillantes pedestales,
 Y arden enfrente en pebeteros ricos
 Esquisitos aromas orientales.
 Entre las nubes del flotante incienso
 Que perfuma la suma reluciente,
 Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
 Con regia pompa y con augusta calma,
 Como entre humildes y modestas flores
 Descuella al viento la soberbia palma.
 Cenaban recostados en tapices
 Tejidos por doncellas babilonias,
 Tapices de las grandes ceremonias
 En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
 Hace alarde de pérsicos brocados,
 Túnicas blancas de sonante seda
 Y magníficos mantos de escarlata:
 En los cándidos piés llevan calzados
 Con blancas perlas y luciente plata,
 Y ciñen sus cabellos perfumados
 Ínfulas que les bajan por los lados.

A la derecha están las concubinas
 Y mujeres del rey, blancas y bellas,
 Con túnicas de seda, recamadas
 De flores y de espléndidas estrellas.
 Mantos de un bello azul como los cielos
 Más brillantez les dán y más decoro;
 Airosas llevan transparentes velos,
 Ricos joyeles y sandalias de oro:
 Para más cautivar á los donceles,
 Sin atender al femenino recato,
 En las cáligas llevan por ornato
 Diamantes y ruidosos cascabeles.
 Adornaron, en fin, esas bellezas,
 Sus blancas manos y sus blancos cuellos
 Con esmeraldas y záfiro bellos,
 Y con mitrias asirias las cabezas.
 El ropaje del rey vale un tesoro,
 Lleva en los hombros un soberbio manto
 De púrpura sidonia, y de amaranto
 Bordadas flores y granadas de oro.
 Ajusta su cintura roja zona
 Esmaltada de hermosa pedrería.
 Y en la alba frente espléndida corona
 Que por la última vez allí lucía.
 Rica brillaba la purpúrea tinta
 En sus coturnos altos y elegantes,
 Bordados con asiáticos diamantes,
 Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
 ¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
 Esta noche los bárbaros soldados
 Hollarán con sus piés ensangrentados
 Corona y mantos, ínfulas y velos.
 Reina la calma en el salón hermoso,
 Sírvense en el festín ricos manjares
 Hechos venir de tierras muy lejanas,

Y de las islas y remotos mares.
 Mas por instantes crece la alegría,
 El vino hierve en copas anchurosas;
 Beben los cortesanos á porfía,
 Bebe el monarca y beben sus esposas,
 Y empieza la confusa vocería.
 Los grandes vasos de licor ardiente
 De concubina en concubina pasan:
 A veces ruedan sin pudor los ojos,
 Ojos que en fuego criminal se abrasan;
 Juegan las risas en los labios rojos,
 Se tornan las mejillas más hermosas,
 Hierve la sangre en las ardientes venas.
 ¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
 Al compás de la cítara sonora,
 Entonaron con voz encantadora
 Tonos dignos de aquellos impostores.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
 A decir lo que está más allá?
 Disfrutemos por hoy de la vida,
 ¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES

Gloria ¡oh rey! á los dioses sublimes
 Que te dieron el trono caldeol
 Tus cadenas arrastra el hebreo,
 El asirio y el árabe audaz.
 Cuando escuchan tu nombre glorioso,
 Se estremecen las grandes naciones,

Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES

Te prodiga el Oriente sus perlas,
Y la seda, y marfil y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro de Ofir.

Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.

Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES

¡Qué veloces transcurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento
Como pasan las olas del mar.
Goza, pues, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
Que así deben en pompa ostentar.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

—«Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí también recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima.»—
El sacrilego rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndolos girar entre las gentes,
Y en los semblantes la impiedad asoma
En medio de risadas insolentes
Tocan los vasos manos desdenosas,
Manos impuras, para el mal resueltas,
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates
Alzáronse también y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones excecrandas
A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entre tanto
El espacioso cielo, y ya traspuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con su obscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbró,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
Y tras el estallido te estremeces

Con palacios, con torres y con muros.
 A esta sazón los dedos de una mano
 Escriben misteriosos caracteres
 En la pared de aquel salón profano
 ¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!
 Como el viajero en bárbaro desierto
 Cuando ya va á pisar una serpiente,
 Al ver sus ojos como llama ardiente,
 Grita, dá un paso atrás y queda yerto:
 El rey así, con femenil quebranto
 Al mirar la estupenda maravilla,
 Temblaba todo atónito de espanto
 Y se daba rodilla con rodilla.
 Horrible palidez cubre su rostro,
 Cubre el sudor su delicado cuello,
 El manto de los hombros abandona,
 Con el terror se eriza su cabello,
 Y rueda por el suelo su corona.
 Los áulicos y grandes espantados
 Van y vienen y vagan aturcidos
 En el vasto salón dan alaridos,
 Y arrastran en la alfombra los brocados.
 Cual las tímidas aves en bandadas
 Huyen á refugiarse en la arboleda
 Cuando del huracán van azotadas,
 Así las concubinas angustiadas
 Descuidando sus túnicas de seda,
 Huyen despavoridas y llorosas,
 Y abrazan á los dioses y á las diosas.
 Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
 Ya trémulas se postran sollozando,
 O bien estampan con afecto blando
 Sus delicados labios en el suelo.

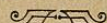
Al mandato del rey entra en la sala

El anciano Daniel, grave profeta,
 De blanca barba y de cabello blanco,
 Y con un cinto su sayal sujeta.
 —«Tú que eres un varón prudente y sabio
 Y el hondo abismo ves de lo futuro;
 Por los dioses, explíqueme tu labio
 Los caracteres que presenta el muro.
 Saldrás de la humildad de tu retiro,
 Y libre quedarás del cautiverio;
 Yo te daré un collar de oro luciente,
 Te vestiré de púrpura de Tiro,
 Y príncipe serás en el imperio.»—
 Echando entonces fuego de sus ojos,
 El severo Daniel, de enojo lleno,
 Responde á Baltasar con voz de trueno:
 —«Delante de tus dioses impotentes
 Doblas ¡ay! la sacrilega rodilla:
 La sangre de tus víctimas humea
 En los altares donde el oro brilla
 Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
 Y para colmo de impiedad y orgullo,
 Con esta corte sin pudor y obscena
 Has profanado los sagrados vasos
 En esta horrible y execranda cena.
 Mas oye ¡oh Baltasar! las profecías
 Que oculta esa escritura formidable:
 De tu reino Jehová contó los días,
 Y término le puso inevitable.
 Pesó tu corazón en su balanza
 Y al encontrarlo de virtud vacío,
 Tronó su indignación, como en estío
 Truena la nube cuando el rayo lanza.
 Babilonia y tu imperio floreciente
 Serán presa de manos extranjeras,
 Y mañana entre sangre y entre hogueras

Dando alaridos vagará tu gente:
 ¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
 Derrotadas tus bárbaras legiones
 En medio del furor de los combates,
 Se llevarán las olas del Eufrates
 Hombres, caballos, armas y morriones.
 Espada contra el pueblo y los tiranos,
 Espada contra magos y hechiceras,
 Fuego voraz contra tus dioses vanos,
 Contra templos y torres y trincheras.
 ¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
 Luto se vestirán tus concubinas
 Luto también tus sápatras cautivos,
 Y llorarán tus príncipes altivos
 De Babilonia en las soberbias ruinas.
 De esta sala y palacio tan brillantes
 Quedarán los escombros y cimientos,
 Y en sus despedazados pavimentos
 Se arrastrarán las víboras errantes.
 Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
 Cantará triste el pájaro nocturno,
 Y rugirán los tigres y leopardos;
 Y crecerán los solitarios cardos
 Donde apoyas tu espléndido coturno.»—

Dijo Daniel, y el príncipe altanero
 Le cumplió la magnífica promesa;
 Mas esa misma noche le atraviesa
 El régio pecho vengador acero.
 Acabaron del rey las alegrías:
 En sangre está su túnica empapada,
 Túnica rica que su madre amada
 Bordó contenta en venturosos días.
 Cayó el monarca, y levantarse quiere
 Buscando ansioso al hijo más querido,

Y al verlo prisionero, da un gemido,
 Se le saltan las lágrimas, y muere.



BONAPARTE

Sentado Bonaparte en una altura
 En la orilla del mar de Santa Elena,
 Al triste rayo de la luna llena
 Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
 Las turbulencias del sangriento Sena,
 El Tabor, las Pirámides y Jena,
 Y de César-Augusta la bravura.

—«Ved, exclamó, las palmas de Marengo,
 »Los campos de Austerlitz de sangre rojos
 »Donde las rusas águilas contengo.

»De la Europa me siento en los despojos;
 »Más de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
 »Las lágrimas que ruedan de mis ojos.»



CABALLERO (MANUEL)

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

I

Ayer en el silencio de la noche
 Solemne, majestuoso,
 Al pálido fulgor de la alta luna
 Enfrente á tu ventana estuve solo.

¡Qué tropel de fantasmas sonrosados
 Mi cerebro ardoroso
 Volar sentía en dirección del cielo
 De mis suspiros impelido al soplo!

Del cristal de tu alcoba, desprendido
 Un rayo tembloroso,
 Que estabas allí tú me revelaba...
 ¿Pensando en que te quiero?... yo lo ignoro!

¡Qué tristes confianzas, vida mía,
 Hice con mis sollozos
 De la luz de tu alcoba al mensajero
 Que compasivo me besaba el rostro!...

¿Te tradujo mis quejas?... no lo supe;
 Pero escuché de pronto,
 Rasgando de la atmósfera el silencio,
 Que tu piano gemía melancólico.

Plegaria de una virgen, elevaba
 Sollozante, medroso,
 Su rezo de armonías, levantando
 Del mismo Dios el invisible sólio.

Plegaria virginal... ¿Qué suspiraban
 Tus acordes armónicos?
 ¿Qué contabas al cielo con tus notas?
 ¿Qué hablaba tu lenguaje de sollozos?

¿Por quién rogaba á Dios aquella virgen
 De su alcoba en el fondo?
 ¿Qué sufrimientos revelaba al cielo?
 ¿Qué historia de pesares misteriosos?...

.....

II

Cuando el piano calló, sentí nublados
 Por el llanto mis ojos;
 Estaba enagenado y hacia el cielo
 Vueltos tenía el corazón y el rostro.

De mi éxtasis al fin, ecos divinos
 De un canto misterioso
 Allá por los espacios se perdían
 Del abismo azulado en lo más hondo.

Era tal vez de alados serafines
 Un grupo esplendoroso,
 Que por el éter hasta Dios llevaba
 Tu armónica plegaria de sollozos!...

.....



¡ MIEDO !

Mil veces he intentado
 Decirte que te quiero,
 Mas la ardorosa confesión, mi vida,
 Se ha vuelto de los labios á mi pecho.

¿Por qué, niña? lo ignoro,
 ¿Por qué? yo no lo entiendo;
 Son blandas tu sonrisa y tu mirada,
 Dulce es tu voz, y al escucharla tiemblo.

Ni al verte estoy tranquilo,
 Ni al hablarte sereno,

Busco frases de amor y no las hallo,
No sé si he de ofenderte y tengo miedo.

Callando, pues, me vivo
Y amándote en silencio,
Sin que jamás en tus dormidos ojos
Sorprenda de pasión algún destello.

Dime si me comprendes,
Si amarte no merezco,
Dí si una imagen en el alma llevas...
Mas no... no me lo digas... tengo miedo!

Pero si el labio calla,
Con frases de los cielos
Deja, mi vida, que tus ojos digan
A mis húmedos ojos... *ya os entiendo.*

Deja escapar del alma
Los rítmicos acentos
De esa vaga armonía, cuyas notas
Tienen tan sólo el corazón por eco.

Deja al que va cruzando
Por áspero sendero,
Que si no halla la luz de la ventura,
Tenga la luz de la esperanza al menos.

Callemos en buen hora
Pues que al hablarte tiemblo,
Mas deja que las almas, uno á uno,
Se cuenten con los ojos sus secretos.

Dejemos que se digan
En ráfagas de fuego

Confidencias que escuche el infinito,
Frases mudas de encanto y de misterio.

Dejemos, si lo quieren,
Que estallen en un beso,
Beso puro que engendren las miradas
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,
Que sientes lo que siento,
Que es el porvenir de luz y flores
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Dí que verme á tus plantas
Es de tu vida el sueño,
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...
De que me hables así... no tengo miedo.



DÍAZ MIRÓN (SALVADOR)

VÍCTOR HUGO

—
¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo,—que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo:
Espíritu y volcán, torre y encina?
¡El condor gigantesco de los Andes,